BARCOS, PERSONAS Y LIDERAZGO

José Ignacio VALLES CANCELA

Esto no es nada, que siga el fuego.

(Cosme Damián Churruca y Elorza a sus hombres durante el combate, levantándose tras ser alcanzado por una bala de cañón, 21 de octubre de 1805).

Barcos de madera, hombres de hierro

A famosa frase «Barcos de madera, hombres de hierro» es muy gráfica y resume la esencia de los marinos que nos han precedido. Personas duras y capaces de todo, hechas de «otra pasta», que iban más allá de las capacidades de las plataformas que gobernaban, elevándolas a una dimensión superior para marcar la diferencia en el combate.

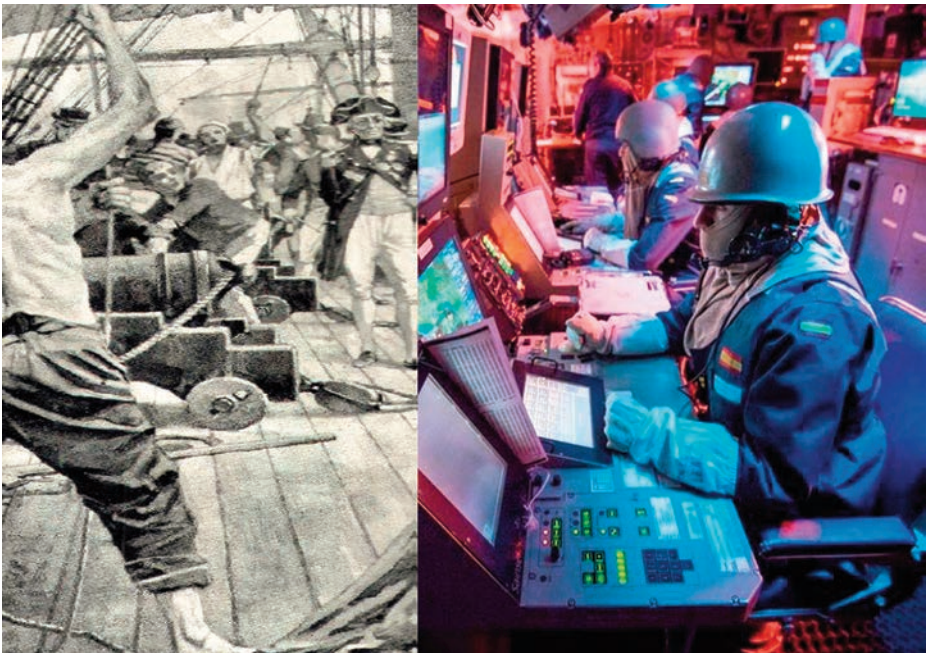
Nuestra historia está repleta de ejemplos de combates navales en desventaja numérica o con capacidades relativas en los que se obtuvo la victoria gracias a la férrea voluntad de vencer de los marinos españoles de la época. Hombres de hierro a bordo de barcos de madera, dispuestos a ganar o morir defendiendo sus unidades, su honor y su bandera.

La pregunta que puede surgir en la actualidad es: ¿cómo son hoy en día las personas que tripulan nuestros barcos de guerra, ahora hechos de metal?

El combate, las personas y los valores

En las *Ordenanzas Generales de la Armada Naval* de 1793, se reseñaban los siguientes aspectos sobre la actitud en el combate:

— Artículo 151: «Ha de dirigir la acción con la presencia de ánimo propia de quien conoce el arte de la ofensa y defensa, ya meditados todos los acasos posibles y sus remedios con la destreza de la discipli-



Barcos de guerra de ayer y de hoy. (Imágenes facilitadas por el autor).

na anticipada, en que cada uno funde una noble y cabal confianza de superioridad contra cualesquier fuerzas de igual apariencia, con precisos principios para usar de las propias con serenidad, ardor y acierto, cuyo conjunto únicamente es el que puede graduar de glorioso su combate, abreviando la rendición del enemigo, o retardando la propia con notable desproporción a su respectivo poder».

— Artículo 153: «Deberá combatir hasta donde quepa en sus fuerzas contra cualquier superioridad, de modo que aun rendido sea su honor su defensa entre los enemigos: si fuese posible, varará en costa amiga o enemiga, antes de rendirse, cuando no haya un riesgo próximo de perecer el Equipaje en el naufragio, y aun después de varado será su obligación defender el baxel, y finalmente quemarle si no pudiere evitar de otro modo que el enemigo se apodere de él».

En las actuales Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas, se reseñan los siguientes artículos en relación a las operaciones de combate:

— Artículo 88: «En caso de conflicto armado, alentado por la legalidad y legitimidad de su causa y el apoyo de la Nación, el militar actuará

siempre con inquebrantable voluntad de vencer. El combatiente concentrará su atención y esfuerzo en el cumplimiento de la misión de su unidad con plena entrega, sacrificio y energía para conseguir el objetivo asignado».

— Artículo 89: «La moral de victoria, el valor, la acometividad, la serenidad y el espíritu de lucha son cualidades que ha de poseer todo combatiente».
— Artículo 90: «El que tuviere orden de conservar su puesto a toda costa, lo hará».
— Artículo 92: «Todo mando en combate ha de inspirar a sus subordinados valor y serenidad para afrontar los riesgos. Dedicará su capacidad a conservar la moral de victoria, la disciplina y el orden, y a evitar que alguien intente cejar en la acción, abandonar su puesto o desobedecer las órdenes recibidas».

Por lo tanto, se puede apreciar que, aunque la tecnología y los tiempos cambien, en el combate actual se va a requerir la misma actitud y espíritu de lucha que en el siglo XVIII, manteniéndose invariables los valores del combatiente tras el paso de los siglos. En definitiva, si hace más de 200 años hacían falta personas de hierro a bordo de nuestros barcos de guerra, en la actualidad también.

Los tiempos, la tecnología y el combate

Con el paso del tiempo, y especialmente durante las últimas décadas, la tecnología ha evolucionado vertiginosamente y los equipos y sistemas de las unidades son cada vez más avanzados, lo cual ha ido modificando el concepto de la guerra naval, las tácticas y la forma de combatir.

En el siglo XVIII, el enemigo estaba a la vista y se luchaba a quemarropa. Las dotaciones en general no eran profesionales y no estaban tan instruidas como en la actualidad; aprendían tareas y las ejecutaban a las órdenes de sus mandos, luchaban al cañón y maniobraban sus barcos mirándose fijamente hasta el abordaje, momento en el que combatían cuerpo a cuerpo, y la destreza personal y la fiereza eran factores determinantes para la victoria. Muestra de todo ello es la histórica orden dada por Francisco de Alcedo y Bustamante durante la batalla de Trafalgar: «He dicho que orcen, que yo quiero arrimarme más a ese navío de tres puentes, batirme a quemarropa y abordarle».

En este tipo de combate, los errores más críticos y que dificultaban alcanzar la victoria se producían en los niveles de mando, donde se tomaban las decisiones durante el desarrollo de la batalla.

En la guerra naval actual es diferente. Con los sensores y sistemas de armas existentes, el enemigo no suele estar a la vista, y por ello puede llegar a

Siempre sumar para conseguir los objetivos. (Fotografía facilitada por el autor).

ser más difícil mantener la tensión y la concentración. Además, la complejidad de estos y las tácticas actuales requieren una mayor profesionalidad y preparación a todos los niveles.

En la actualidad, ya no es exclusivo de los mandos la evaluación de la situación táctica en el combate. En la acción, se reciben continuamente recomendaciones desde diferentes puestos que evalúan los acontecimientos en sus ámbitos de responsabilidad. A todos los niveles, se realizan acciones que pueden marcar el éxito o el fracaso en el combate. En definitiva, hoy este es más complejo y se emplean numerosos procedimientos tácticos, en los que el trabajo en equipo y las acciones tomadas a todos los niveles son fundamentales para el éxito.

Los tiempos cambian y la guerra también. Los requerimientos de profesionalidad, preparación y responsabilidad han variado y son más exigentes. No se combate igual que en el siglo XVIII: las personas de hierro de nuestros barcos no solo deben ser duras y feroces, sino también altamente cualificadas, motivadas y eficaces.

Los tiempos y las personas

Los barcos no combaten, lo hacen las personas que forman sus dotaciones y son las que marcan la diferencia. El entorno en el que vivimos influye en los individuos y los cambia. En la sociedad del siglo XVIII no existían la seguridad

Barcos de metal, equipos de acero. (Fotografía facilitada por el autor).

y bienestar actuales, los derechos y necesidades eran diferentes y, por lo tanto, también sus motivaciones. La satisfacción de sus prioridades más básicas solía ser suficiente para mantener el adecuado nivel de motivación para el combate, junto a la autoridad ostentada por el mando, sustentada principalmente por el miedo al castigo propio de la época.

En la actualidad, las personas que conforman las dotaciones de los barcos vienen de una sociedad avanzada de bienestar y derecho propia del siglo XXI. Tienen motivaciones y necesidades más complejas, como pueden ser sentimiento de pertenencia, realización, reconocimiento e importancia, entre otros, lo cual hay que mantener sin variar el nivel de exigencia en el combate. El mando autoritario sustentado por el miedo al castigo por sí mismo ya no es válido, haciéndose más que nunca necesario un liderazgo basado en la autoridad moral y el ejemplo, que haga trabajar a las dotaciones cohesionadas, motivadas y dando lo mejor de sí mismas para conseguir los objetivos comunes. Es necesaria la conexión entre mandos, subordinados y compañeros, lo que sustentará la confianza, el compañerismo y la lealtad.

No es suficiente con que las personas cumplan las órdenes, lo importante es que lo hagan por convencimiento propio; pero también es necesario que en ausencia de órdenes específicas se actúe siempre en busca de la consecución de los objetivos y del bien común. No solo se precisan mandos que sean líderes, sino líderes a todos los niveles y liderazgo en todas las direcciones.

Según muchas definiciones, el líder es aquel que influye en los demás para alcanzar los objetivos fijados. Pero limitarlo a una sola persona o exclusivamente a los mandos no es suficiente. Todos los miembros de un equipo pueden influir en los demás para hacerlos mejores, independientemente del puesto que ocupen, y su auténtica labor no se limita al establecimiento de objetivos y el reparto de tareas, sino en llegar a constituir un verdadero núcleo, unido, sin fisuras y con un mismo fin.

Conclusión

Antes la frase «Barcos de madera, hombres de hierro» nos mostraba la esencia de nuestra Armada; ahora los barcos de guerra ya no son de madera, sino de metal, lo que no hace más débiles a las personas que forman sus dotaciones, ni mucho menos. Las exigencias del combate siguen siendo durísimas y requieren como siempre personas de hierro, física y mentalmente, individuos que en una sociedad como la actual decidan abandonar las comodidades y prepararse para el combate en la mar y que, además de disfrutar de un estado de derecho y libertad, decidan sustentarlo y mantenerlo, comprometiéndose a mostrar siempre una férrea e inquebrantable voluntad de vencer para conseguirlo. Personas de hierro y altamente cualificadas para poder asumir las responsabilidades y estar a la altura de lo que se espera de ellos en sus puestos, que sean elementos de acción y de apoyo a la acción de sus compañeros. Personas de hierro, con una mentalidad abierta, capaces de conectar y de crear verdaderos equipos, duros y sólidos como el acero, que se forjen en la actividad cotidiana y resistan las embestidas del combate, manteniendo siempre una única e inquebrantable voluntad de vencer, sinergia de las capacidades individuales de personas de hierro, multiplicadas y potenciadas por el espíritu de unidad.

En la Armada de los barcos de metal del siglo XXI no son suficientes las personas de hierro, se necesitan equipos de acero, formados por individuos de hierro: «Barcos de metal, equipos de acero».